DESGRACIA.

Desgracia es una palabra con la que me encuentro familiarizado. Mientras camino por las calles, cabizbajo, la escucho provenir de la boca de un anciano, de una niña, de una señora regordeta, de un joven, de un tendero, de un cartero, de un carnicero y demás gente del común que habita en Costa Hermosa. ─Que desgracia... que desgracia. ─ssurran todos al verme pasar ─. Que desgracia es la que ha vivido la familia de ese muchacho. Ahora solo queda él adentro de esa casona umbría y maldita porque toda su familia, los Campos Olivera, siempre estuvieron malditos.

Entonces alzo mi mirada y la fijo en todos esos ojos que, al encontrarse con los míos, se abren como platos por la impresión y luego se rinden por la vergüenza de su chismorrería. Todos ellos son iguales. Pululan sobre pesares e historias ajenas como lo hacen las moscas sobre la carne podrida, o también la mierda. Sin embargo, conocer que son unos carroñeros de historias no me exime de convenir que desgracia es una palabra con la que me encuentro familiarizado: Mi padre se ahogó en el mar, mi tío murió al chocar su moto contra una pared, otro tío murió ahogado en alcohol, otro tío simplemente desapareció, otro tío lo mataron de una puñalada, y, por ultimo; mi abuelo, también desapareció no sin antes agregarle un toque más de misticismo a nuestra desgracia, pues, un día antes de desaparecer lo escucharon gritar, en el patio de la casona: ─¡Ese fauno me lo quito todo! ¡Perdónenme mis hijos! ¡Perdónenme, no debimos conformar nunca esta familia maldita!.

Desde entonces solo quedamos la abuela Carmela y yo… hasta que también murió.

Carmela Campos Olivera fue una anciana amargada, senil, quejumbrosa y muy airada; pero la amaba, era mi familia, la última que tenía. No obstante, nunca me agradó y estoy completamente seguro que yo tampoco le agradaba; quizás por el hecho de saber que su nieto y ultimo familiar (según aquella historia que solía contar por retazos de lo que ella llamaba "Lucidez"), también sucumbiría ante la desgracia y la maldición. ─Ese fauno…. Ese fauno. ─repetía mientras se mecía sobre su mecedora de mimbre ─ Ese fauno también vendrá por ti, mijo, debes suicidarte sin dejar descendencia ─. Entonces me hacía de oídos sordos y cumplía, impávido, mis deberes con sus cuidados diarios ya que tampoco tenía el suficiente dinero para enviarla a un ancianato.

Una noche mientras subía por las escaleras de la casona, me llamó. ─Siéntese ahí enfrente mío, mijo. ─señaló─. Recuerdo que esa noche sus ojos refulgían por la luz de los candelabros que colgaban en lo alto de la habitación y su rostro, macilento y débil, se veía un tanto más joven e impetuoso. Ella se quedó mirándome, directamente a los ojos, mientras se mecía en su mecedora y chasqueaba su mandíbula como un camello comiendo pasto. ─¿Quieres saber porque es que estamos malditos, mijo? ─preguntó ─ ¿Quieres saber por qué esta familia ha vivido tantas desgracias? ¿Quieres saber porque se han muerto todos mis hijos y hasta tu abuelo? Hoy… hoy… hoy ya no me encuentro tan loca, mijo. Hoy Dios me ha castigado con la lucidez, así que la aprovecharé. Pronto moriré de vieja y tú también morirás, pero no de viejo. Así que ahora quiero que te calles y me escuches atentamente, ¿Esta bien?

*

Los alemanes arribaron al muelle de puerto Colombia un treinta y uno de octubre de 1925, cuatro años antes del incendio que tu abuelo y yo provocamos. Desde puerto Colombia, nuestro barrio, Costa hermosa, se encuentra a una hora y media de distancia por tierra, pero por mar y rio, la distancia es mucho más corta. Como bien sabrás, cuando era joven y bella, Costa Hermosa no tenía sus calles asfaltadas; todas eran trochas polvorientas que, al caer la lluvia, se tornaban en espesos lodazales por los que resultaba imposible transitar. Tan espesos eran esos lodazales que uno de mis gatos se ahogó adentro de las hondonadas de barro que se escondían bajo la superficie de los charcos. Para ese entonces la mayoría de las casas, exceptuando los bares, estaban hechas de arcilla y paja. La comida y la pesca abundaban, pero no la elegancia y la modernización. Las únicas casas modernas y urbanizadas eran las mansiones blancas a las afueras de Costa Hermosa, cerca al rio magdalena, donde vivían los alemanes que trajeron consigo varios barcos de pesca y demás tecnologías ajenas a nosotros. De joven, reconozco, solía ser una muchacha libidinosa, pues, cada uno de esos alemanes que empezaron a rondar por la vieja Costa Hermosa me enamoraban. Ellos eran altos, rubios, de ojos verdes, fornidos y muy elegantes a diferencia de los hombres que solía ver en Costa Hermosa antes de la llegada de los alemanes: todos mugrientos, todos sucios, todos flacos, todos negros, todos malhablados, y, si por algún motivo lograba atisbarles algún atractivo, lo más probable es que estuviesen locos o tuviesen algún problema mental; tal cual me sucedió con tu abuelo.

Una noche decidí seguir a uno de esos alemanes que caminaba borracho hacia las mansiones blancas. Hasta esa noche nunca las había visto, solo había escuchado lo que se decía

de ellas: que eran esplendorosas, muy grandes, con jardines coloridos en sus pórticos, blancas como la leche y de balaustradas y capiteles tan hermosos como sus rojos tejados. Sin embargo, también solía ser un tanto corta de imaginación y no le daba crédito a lo que la gente me contaba. En todo caso, mientras perseguía aquel hombre con su andar tambaleante por la trocha que conducía directo a las mansiones, empecé a sentirme inquieta. De repente pugnó un olor a mierda y putrefacción, además de un frio inusitado que dibujaba mi aliento en el aire, como si estuviese fumando; algo imposible para una zona costera como Costa hermosa. Sin embargo, seguí adelante hasta que el hombre se detuvo ante una reja negra que chirrió sus goznes como una puerca al matadero y que tras de ella, en la lejanía, se dibujaba en la oscuridad la silueta gigantesca de una mansión. Supuse entonces que aquel terreno era el de aquella mansión de la que todos hablaban en demasía por su titánico tamaño que la distinguía de las demás: la "Ackermansion", como solían llamarle los habitantes de Costa Hermosa a la mansión de la familia Ackerman; todos desconocidos, todos unos fantasmas, todos raros y endemoniados según los rumores de la gente que los culpaba de las constantes desaparecidos desde que pusieron un pie sobre nuestras tierras.

Una vez que aquel hombre atravesó la reja negra y se perdió en la oscuridad, me acerqué hasta los barrotes y los apreté entre mis palmas. Estaban húmedos y fríos. Luego intenté meter la cabeza por los huecos de los barrotes, pero estaban muy estrechos. Tras los barrotes distinguí un camino de piedra que conducía directamente hasta la mansión pero que antes bordeaba una fuente de agua en cuyo centro se hallaba la estatua de un fauno sentado sobre una letrina. Más adelante, tras la estatua, aquel camino de piedra, siempre bordeado por unas flores coloridas; se estrellaba contra los peldaños de una escalera que antecedían una puerta roja, muy grande y con un arco conopial. Se rumoreaban cosas raras de lo que sucedía adentro de esa mansión: canticos, fiestas, sacrificios, gritos agónicos y hasta chirridos y berridos de animales; como si hubiese adentro una carnicería. Meses atrás un finquero aledaño había llegado al barrio, con la piel blanca por el susto, asegurando que por la trocha que conduce a las mansiones un hombre con cabeza de cerdo lo persiguió mientras gritaba su nombre: ─ ¡Faaaabricio! ¡Faaaabricio! ¡Te violaré, faaaabricio! ─ Mugía, según el finquero ─. Pero yo en ese entonces no lo creí. Esos eran cuentos de gente pendeja.

Sin embargo, lo que en ese entonces no pude creer, a pesar de encontrarme viéndolo detrás de los barrotes negros de la mansión; eran los ojos verdes de aquel jardinero tan negro

como el carbón que se encontraba regando las flores del jardín. Aquellos ojos titilaban, al espabilar, como un par de luciérnagas en la oscuridad y, cuando la luz de la luna los golpeaba; refulgían vidriosos como los de un gato. Y quizás pensaras que exagero, pero, cuando el amor llega a primera vista, el mundo se convierte en una mágica hipérbole. En resumidas cuentas, ese negro me hechizó. No podía concebir que alguien tan parecido a la gente del común que abundaba por Costa Hermosa tuviese esos ojos tan mágicos que, a su vez, embellecían el resto de sus atributos. Entonces ya no lo veía gordo, sino robusto; ya no lo veía achaparrado, sino de baja estatura; ya no lo veía con facciones simiescas, sino varoniles; ya no lo veía con las manos callosas, sino fornidas y trabajadoras; era alguien bastante feo… pero maldita sea que tenía unos ojos muy hermosos, tan verdes como el jade.

Luego de esa noche seguí regresando a la Ackermansion. La mayoría de esas excursiones trataba de hacerlas durante la luz del día porque de noche la trocha hacia la mansión se tornaba diferente, umbría y ominosa; como si tuviese vida propia y supiese que una mujer tan ordinaria no pertenecía a la elegancia de ese lugar o, no le gustase que estuviese rondando por allí, entre la maleza, los helechos, las hojas de plátano y el monte crecido que abundaba en derredor a las mansiones. Era difícil de explicar. Sin embargo, el ver a ese negro trabajar con tanto ahínco hacía que valiese la pena el caminar desde tan lejos: supe entonces que amaba la jardinería, era educado, formal, y, además de sus perfectos ojos verdes; su tonó de voz era en realidad muy grueso y varonil, autoritario; eso también me gustaba muchísimo. Así que una tarde simplemente lo llamé desde detrás de los barrotes. El arrojó al suelo las tijeras de jardinería y se acercó, dubitativo. Las gotas de sudor se escurrían por su rostro mientras entrecruzaba las cejas, como preguntándose ¿Quién diablos es esa muchacha de falda larga y cabello castaño? ─Me llamo Carmela. ─le dije─. Me llamo Matías ─contestó, sonriente-

Tiempo después de habernos conocido, separados por los barrotes de la reja negra, empezó a escabullirse de su trabajo como jardinero de las mansiones; principalmente los sábados por la noche. Entonces paseamos y frecuentamos varios parques muy lejanos a Costa Hermosa, todos oscuros, para besarnos y toquetearnos. También me llevó al mar de salgar y al cine Cisneros, donde le prestamos más atención a nuestros labios y cuerpos que a la misma película. Y en todas y cada una de esas salidas, recuerdo, sentí en mis adentros la indeleble curiosidad acerca de su origen inusitado. ¿De quién es que había heredado esos fantásticos ojos verdes? ¿Quiénes eran los Ackerman? ¿Cómo eran los Ackerman? ¿Por qué se decía de ellos

tantas estupideces sobre gritos, sacrificios, canticos raros y demás mierdas? ¿Cómo es que había llegado a trabajar como jardinero de esas mansiones en donde a nadie se le permitía el paso? Pero a todas estas preguntas él no contestaba absolutamente nada. Y he de reconocer que sus reticencias para abrir su corazón con respecto a dichos temas me desesperaban hasta el punto de querer abofetearlo. Sin embargo, el alcohol, en especial el Whysky; torna sincero a los hombres taciturnos y acongojados, y, por supuesto él no fue la excepción.

Ese día en el que por fin se decidió a contarme todo, bebíamos Whysky en un bar que se llamaba "ocho de la noche" porque siempre ocurría una pelea o discusión precisamente a esa hora; a las ocho de la noche. En ese entonces el "ocho de la noche" era uno de los dos bares más famosos de Costa Hermosa, el otro lo llamaban "gallón"; ya no recuerdo por qué. En todo caso, la música allí dentro se escuchaba tan alto que los vasos que descansaban sobre las mesas del bar y las estanterías detrás de la barra, bailaban y saltaban. Allí dentro olía a orina, humedad, sudor y cigarrillos. No obstante, a nadie parecía importarle esa fétida amalgama de olores, quizás se debiera a la borrachera o la felicidad que se dibujaba en sus sonrisas; tan parecidas a la nuestra cuando ambos entrecruzábamos las miradas.

─¿Crees en demonios y lo sobrenatural, Carmela? ─preguntó de repente─. Su pregunta me tomó tan de sorpresa que antes de responderle, bebí un trago de Whysky. ─No. No creo en lo sobrenatural, esas son maricadas de gente pendeja ─le dije─. Entonces torció su boca y clavó su mirada tras mi espalda, allí donde estaba la barra. Luego llamó al cantinero que caminaba de un lado para otro, tras la barra, solicitándole más Whysky. ─Hoy te aseguro que lo creerás ─dijo el, después de un largo silencio y unos cuantos tragos más.

Mientras Matías bebía la botella de Whysky, casi como si fuese agua; contó que los Ackerman eran muy pudientes. Casi nunca abandonaban la mansión y las pocas veces que lo hacían, siempre iban resguardados bajo el techo de su Dodge veintinueve; algo que todos en las trochas de Costa Hermosa podían corroborar, pues, nadie además de Matías los había visto jamás. Los únicos alemanes que rondaban por las trochas de Costa Hermosa eran los de las mansiones más pequeñas, aledañas a la Ackermansion. Obviamente eran muy ricos. Según Matías, su negocio principal era la exportación de pescado, frutas y también textiles. Su trabajo principal como conserje de la mansión era mantener el jardín bien podado, hacer mantenimiento a cualquier daño eléctrico o de tuberías y hasta incluso cocinar. Todas estas tareas las realizaba sin ninguna clase de queja, pero, cuando llegaban los sábados por la noche,

día en que se escabullía de su trabajo; confesó que además de querer verme, también lo hacía por los canticos y gritos que escuchaba tras una puerta metálica que jamás había tenido el valor de cruzar y que, tras ella, un olor fétido, como a mierda humana; le amedrantaba de siquiera pensarlo. También contó que alguna vez tuvieron dos hijos legítimos y un bastardo negro por línea de sangre paterna al que llamaron… Matías.

El mayor de sus hijos, Adler Ackerman, murió en la batalla de Somme, primera guerra mundial, asesinado por su propio pelotón. Fue el líder y sargento de los *Sturmtruppen:* soldados especializados en el ataque furtivo a las trincheras de las tropas enemigas. Durante los cuatro meses y diecisiete días que demoró la batalla y de los cuales Adler se mantuvo vivo los primeros dos; su pelotón y otros pelotones, decían que estaba loco. Por las noches, cuando las metrallas se detenían, las granadas dejaban de explotar y los morteros no levantaban la tierra al cielo; Adler, adentro de su carpa, cantaba una tonada ominosa y se cortaba las palmas de las manos para después humedecer con su sangre la estatuilla de un fauno de cuernos largos sentado sobre una letrina. Luego abandonaba la carpa y les gritaba a sus soldados: ─ ¡Es por mí, y por mi sacrificio de sangre que vamos ganando! ¡Es por mí, y por su alabanza que ganaremos! ¡Que vivía para siempre el señor Baal pe'or! ─. Entonces los soldados empezaron a temerle más a la noche que a la mañana, incluso sabiendo que al contacto del primer rayo de luz sobre la tierra había que estar dispuesto a morir. Pero aquellos canticos que escuchaban por las noches, acompañado de esa otra sombra reptante que se veía tras los pliegues de la carpa, los aturdía más que el estallido de una granada o los fogonazos de las balas que les zumbaban los oídos como mosquitos hambrientos de sangre. ─ *OFFEN FUR MICH, OFFER FÜR DICH. ALLEN SIEBEN TAGE MEINE TREUE ZU DIR. BAAL PE'OR BAAL PE'OR* ─ Se le escuchaba cantar a dentro de su carpa ─.

Una noche simplemente no pudieron soportarlo más y, armados con cuchillos, tres soldados amotinadores entraron a la carpa del sargento Adler. Lo encontraron en posición fetal, enlodado entre su propia mierda, al tiempo que le cantaba aquella tonada a la estatuilla del fauno sentado sobre una letrina. Su cadáver quedó irreconocible por el millar de puñaladas que le dieron.

El otro de los hijos se llamaba Alfons y era muy callado, saturnino y un misántropo empedernido que, además de odiarlos a todos; odiaba principalmente a sus padres. Le gustaba mucho la pintura, la literatura y la música clásica. Siempre andaba con un semblante

contemplativo sobre cosas que cualquiera consideraría nimiedades como el cielo, el rio, sus manos, los pájaros que volaban en el cielo, las pinturas, los animales y hasta las hormigas que se arrastraban por el suelo. Pocas veces salía de su habitación y las veces que lo hacía, era simplemente para alimentarse y recordarle a sus padres del mal que se iban a morir por haberlo traído a este mundo. No le interesaba entablar relaciones con nadie y mucho menos con Matías, su medio hermano. Una noche en la que todos ya dormían, se levantó de su habitación y corrió por toda la casa, gritando y gimoteando que un anciano con patas de caballo y aliento putrefacto se lo quería llevar a quien sabe dónde. ─¡Ofrézcanle mierda, ofrézcanle almas, somos prisioneros, de un fauno y su cloaca! ─cantó─. Luego corrió y corrió hasta que se desmayó varios kilómetros más adelante, sobre unos hierbajos. Entonces no volvió a pronunciar una sola palabra desde aquella ominosa pesadilla y dedicó todo el resto de su tiempo a pintar un cuadro gigantesco. Tiempo después se arrojó por la ventana de su habitación. Su cadáver lo encontraron todo destartalado y ensangrentado, como un juguete sangrante sobre los adoquines del patio. Y en su habitación, en el cuadro que tanto tiempo había invertido desde aquella pesadilla; se encontraba pintada la posición exacta de su cuerpo en el momento que chocó contra los adoquines del patio… como si hubiese vaticinado su propio futuro.

Y con respecto al matrimonio: La señora Ackerman, Melissa Ackerman, era una mujer muy hermosa e inusitadamente joven para la edad que tenía, pues, en varias cartas que Matías leyó de su correspondencia y que ella guardaba como recuerdo de algunas amistades o registro de compras de sus joyas y demás ornatos; databan de hasta el año 1600; lo mismo que su esposo y padre de Matías, Antón Ackerman: un señor de ojos verdes, semblante adusto y cuerpo orondo, casi tan taciturno como su difunto hijo Alfons Ackerman.

En el "ocho de la noche", mientras bebía mucho más Whysky que cualquiera de los presentes, me contó que había nacido y crecido en Bagamoyo, Tanzania; capital de la África oriental alemana durante la primera guerra mundial. Jamás conoció a su madre, una sirvienta que trabajó para los Ackerman cuando habitaban una de sus mansiones en Bagamoyo y que desapareció sin dejar un solo rastro durante nueve meses. Sin embargo, un día regresó a las puertas de la mansión cargando un niño entre sus brazos mientras gritaba: ─¡Sitaki watoto wa pepo! ─, que traduce algo como: no quiero hijos de demonios.

Allí en Bagamoyo, Matías creció con la cruz que cargaban sus ojos verdes ya que ninguno de los nativos, a pesar de que compartían el mismo color de piel, lo consideraban uno de los

suyos, pues, al verlo caminar por las calles de Bagamoyo le gritaban: ─Walaniwe! ¡Walaniwe! ─. Que traduce algo como: ¡Demonio, demonio! Entonces Matías no lograba comprender por qué era que todos en las calles le odiaban tanto y le gritaban constantemente aquel insulto. Así que mientras más crecía, más se daba cuenta de que el odio no era solo contra él; sino a la gente de piel blanca que había venido desde tan lejos, trayendo consigo sus costumbres extrañas y sus canticos extraños que, tal como sucedía en Costa Hermosa cada sábado por la noche; también sucedió en Bagamoyo. *OFFEN FUR MICH, OFFER FÜR DICH. ALLEN SIEBEN TAGE MEINE TREUE ZU DIR. BAAL PE'OR BAAL PE'OR.* Escuchaba cantar a los Ackerman y resto de sus amigos tras una puerta metálica a la que nunca le dejaban pasar y que, al igual que la del resto de mansiones venideras que habitaría en todos sus viajes hasta poner un pie sobre Costa Hermosa; emanaba un olor a mierda humana.

Una noche, mientras intentaba traducir aquel cantico que escuchaba repetidas veces tras esa habitación a la que no tenía permitido entrar; un coctel molotov rompió una ventana y se estrelló contra una mesa, cual globo de agua, esparramando el fuego por toda la superficie de la mesa para después reptar por el suelo y consumir todo a su paso. Afuera de la mansión los tanzanos lanzaban todo tipo de objetos incendiarios mientras gritaban: ¡Walaniwe! ¡Walaniwe! ¡Walaniwe! Ya se encontraban cansados de tantas desapariciones a las que nunca se le dio una explicación, pero sabían perfectamente quienes eran los causantes. Entonces huyeron de Bagamoyo como unos perros y Matías los acompañó, no teniendo otro lugar a donde ir. Desde entonces cada ciudad nueva que visitaban ocurrían siempre las mismas desgracias que, por ende, los obligaba a huir nuevamente. ─No puedo abandonarlos por temor a las represalias ─dijo, después de un trago de Whysky ─ Entonces preguntó: ─Dime, Carmela, mi amor, ¿Me crees?

La música en el "ocho de la noche" ya no se escuchaba tan alto cuando me hizo esa pregunta. Además, reconozco que también estaba lo suficientemente bebida como para tomarme en serio tanto palabrería sobrenatural, pero, claro está, que, a pesar de estar borracha; seguía considerando que sus palabras no eran nada más que una buena historia y que, además de sus preciosos ojos verdes; tenía madera para ser un buen escritor de novelas o algún cuentista. Sin embargo, hizo una pausa y de su boca escapó esa pregunta que marcó para siempre nuestras vidas, bueno…mi vida; porque de no haber aceptado su propuesta me habría

casado con otro imbécil y no habría tenido que vivir tantas penurias. ─¿Quieres comprobarlo? ─Inquirió, sonriente.

A la media noche de un treinta y uno de octubre de mil novecientos veintinueve, abandonamos el bar "ocho de la noche" en aras de visitar la Ackermansion. Era una noche sin estrellas. Recuerdo ver la luna llena tras un cumulo de nubarrones pequeños y grisáceos que la circundaban como mosquitos revoloteando bajo el alumbrando. Las calles estaban tan polvorientas que, al soplido del viento, los gránulos me aguijoneaban las piernas y en la intemperie quedaba suspendida una sábana de arena, como la bruma en la mañana. Pero iba feliz, ebria y feliz; abrazada a sus brazos fornidos, intercalando besos por tragos de la botella de Whysky que habíamos traído con nosotros a la trocha que conducía hacia las mansiones. Más adelante, caminando por la trocha, atisbamos las siluetas oscuras de las mansiones que se alzaban como lejanos y amorfos escollos. Poco a poco, paso a paso, las sombras empezaron a tomar forma bajo la luz de la luna que relució un tejado, una balaustrada, una escalera, el tubo de una chimenea, una ventana donde refulgían varios candelabros tras el cristal, un jardín gigantesco y, por ultimo; la reja negra que chirrió sus goznes como uñas contra un cristal cuando Matías la abrió.

Una vez estuvimos adentro de los terrenos de la mansión, tomamos el recto camino de piedras y luego bordeamos la fuente de agua con la estatua de un fauno para después detenernos ante la puerta roja con arco conopial. Aquella puerta, de cerca, se veía tan desteñida y opaca que su rojo original raleaba al naranja; incluso tenía tantos golpes y abolladuras que, de los huecos, punteaban las astillas como púas afiladas. En el centro de la puerta colgaba una aldaba, a modo de timbre, con la forma de un fauno sentado sobre una letrina. Quise tomarla entre mi palma para estrellarla contra la puerta, pero Matías me detuvo, enseñándome el manojo de sus llaves que tintineo a la altura de mi rostro.

Adentro de la mansión abundaba la elegancia. Lámparas araña de brillos ambarinos colgaban del colorido mosaico del techo. Todo el suelo del salón del primer piso era una alfombra ajedrezada en donde se alzaban mesas hechas de cristal, sillas de roble y una que otra vasija de cerámica muy grande. En la mitad del salón se alzaban unos muebles de cojinería fina, blanca y reluciente. Más adelante, tras los muebles blancos, estaba una escalera de caracol que ascendía en espiral hasta estrellarse con el pie de un retrato gigantesco que se alzaba hasta tocar el techo del segundo piso. En el retrato estaban tintados los cuatro miembros de la familia

Ackerman, vestidos con ropajes elegantes y pulcros, todos rubios y de ojos verdes, todos imponentes. Aquel retrato era tan ancho que ocupaba toda la pared, donde en ambos costados del retrato, un par de pasillos atiborrados de habitaciones se escurrían hacia parajes desconocidos. De vuelta al primero piso, tras la escalera de caracol y en la misma pared que colgaba el retrato de los Ackerman; estaba un bar repleto de botellas finas: Whysky, ginebra, ron, tequilla, vinos, entre otros. A sus costados tambien se escurrían dos pasillos hasta donde se perdía la vista. Tomamos el pasillo de la izquierda.

La alfombra ajedrezada que cubría el salón del primer piso detuvo sus colores en el umbral del pasillo para dar pie a una alfombra roja que se extendía hasta el fondo, como dándonos la bienvenida, hasta estrellarse contra una puerta metálica que centellaba por los rayos de la luna que se colaban por el ventanal de la pared izquierda. En lo alto del pasillo había una columna de lamparas que se escurría hasta la puerta metálica del fondo, todas apagadas, excepto la última de ellas que titilaba, lentamente, como si alguien estuviese jugando con el switch del encendido. En la pared derecha del pasillo colgaban unos cuadros que acompañaban la ruta hasta la puerta metálica del fondo. En todos y cada uno de ellos estaba tintado ese fauno que se alzaba sobre la fuente de agua de afuera y, que también colgaba en la aldaba de la puerta roja. Allí en esa pared lo vi devorando a unos niños, lo vi entregarle riquezas a un hombre rubio de ojos verdes, lo vi sentado sobre una letrina mientras le alababan, lo vi copular con varias ancianas de tetas arrugadas, lo vi revolcarse sobre un charco de mierda como un maldito cerdo y, justo al lado de la puerta metálica; estaba un cuadro donde sonreía, enseñando unos dientes pútridos y una mirada ominosa. ─Ya no quiero saber nada de esto. ─Pensé.

Tras la puerta metálica se escondía un olor tan pútrido que resultaba difícil siquiera mantener algún pensamiento en la cabeza que no fuese vomitar. También se escuchaba un susurro lejano, como traído por el viento, que no lograba del todo entender pero que sabía provenía detrás de la puerta. Una vez que Matías la abrió, el olor que emanó de ella nos golpeó en el estómago y ambos vomitamos sobre los peldaños que se asomaron tras la puerta. Allí había una escalera de piedra que descendía hacia un abismo oscuro que no debimos jamás contemplar. Entonces aquel susurró se hizo más audible. Era ese cantico del que Matías me había contado cuando bebíamos Whysky en el bar: *OFFEN FUR MICH, OFFER FÜR DICH. ALLEN SIEBEN TAGE MEINE TREUE ZU DIR. BAAL PE'OR BAAL PE'OR*. Era un coro de entonaciones guturales lo que se escuchaba allá abajo. Todas y cada una de las voces cantaba

como si su garganta estuviese llena de pus o catarros, imponentes y hercúleas. ─Abierto hacia mí, ofrenda para ti, los siete días son mi lealtad hacia ti; Belfegor, Belfegor. ─cantó Matías, antes de tomarme por el brazo, invitándome a descender.

Mientras descendíamos en espiral por la escalera de caracol, aquel olor putrefacto, como a mierda humana enlodada sobre cadáveres; se tornó tan denso que casi podía sentir su horrenda textura sobre mi cara. Cada peldaño descendido era una arcada que solo emanaba saliva, pues, en nuestros estómagos ya no había nada que vomitar. Además, por cada peldaño, aquel cantico también se hacía cada vez más audible e insoportable, pues, lo sentía reverberar adentro de mi conciencia tanto como lo hacía sobre el estrecho de la escalera por el que descendíamos: *OFFEN FUR MICH, OFFER FÜR DICH. ALLEN SIEBEN TAGE MEINE TREUE ZU DIR. BAAL PE'OR BAAL PE'OR…OFFEN FUR MICH, OFFER FÜR DICH. ALLEN SIEBEN TAGE MEINE TREUE ZU DIR. BAAL PE'OR BAAL PE'OR… OFFEN FUR MICH, OFFER FÜR DICH. ALLEN SIEBEN TAGE MEINE TREUE ZU DIR. BAAL PE'OR BAAL PE'OR…* Cantaban y cantaban. Al rato nos detuvimos en el rellano de la escalera. Adelante estaba una puerta de madera roja que escondía detrás de sus grietas por la cual se colaba una luz ambarina; el origen de aquellos canticos que recuerdo con tanta exactitud hasta el día de hoy.

La estancia era amplia y enchapada en madera. Hileras de antorchas colgaban sobre unos anillos de hierro que se hallaban empotrados en lo alto de las paredes. Las llamas de aquellas antorchas danzaban de un lado para otro, dibujando por toda la estancia las siluetas de las personas allí presentes: por allá la fugacidad de un brazo, una pierna, unos senos, una nariz, el ondear de una cabellera, todos bailando, todos riendo, todos alegres. El suelo de la estancia era un lodazal de mierda sobre el que se arrastraban varías personas que portaban máscaras de animales, mugiendo y relinchando como los cerdos sobre el fango. En el centro de la estancia estaba la señora Ackerman, arrodillada a cuatro patas, gimiendo como una perra en celo mientras era penetrada por un anciano de rostro tan verrugoso que parecía un manojo de uvas. Tenía cuernos en la cabeza, ojos de fuego y su pecho era amplio y lampiño, a diferencia del hirsuto pelaje de sus patas de caballo cuyos cascos cloqueaban contra el suelo cada vez que envestía las nalgas de la señora Ackerman. De repente, su cola, como la de un burro, apretó el cuello de la señora y ella gimió. Cada envestida contra sus nalgas era una carcajada de la bestia y un gemido de la señora Ackerman cuyo rostro, rojizo, hacía unas muecas tan horrendas como histriónicas que no pude discernir si gemía de placer o de dolor. Ambos, mientras culeaban,

estaban rodeados por un circulo de fuego rojo. Rodeando ese círculo de fuego, unas ocho personas que portaban mascaras sonrientes y de animales; bailaban y cantaban: *OFFEN FUR MICH, OFFER FÜR DICH. ALLEN SIEBEN TAGE MEINE TREUE ZU DIR. BAAL PE'OR BAAL PE'OR*. Los brazos de los danzantes se alzaban al aire mientras inclinaban sus rodillas y escupían al círculo de fuego que, por sus escupitajos, elevaba sus lenguas hasta rozar el techo de la estancia. Entonces Matías gritó y se hizo el silencio. Todo se detuvo; solo bailaba el fuego de las antorchas que crepitaban en lo alto de las paredes y las llamas del circulo de fuego que ardía en la mitad de la estancia. No había movimiento alguno. Eran unas estatuas de rostros impávidos que nos regresaban la mirada; una pintura en oleó del mismo Pandemónium. Así que, incrédula, me eché a reír mientras me preguntaba, ¿Si es que la mierda que enlodaba todo el lugar era de pollo, cerdo, vaca, perro o humana? ¿A quién le importaba? Mi risa y mis estúpidas inquietudes solo eran el resultado de haber contemplado lo inusitado, lo ominoso; súbditos de lo maldito y lo prohibido. Afortunadamente, Matías, mi amor, mantuvo un poco más la compostura y reaccionó a tiempo. Tomó de las paredes una antorcha y la arrojó hacia la bestia. Luego tomó otra y le prendió fuego a la puerta de madera y me arrastró escaleras arriba. Mientras ascendíamos, una carcajada hercúlea se escuchó tras de nosotros junto a la voz de la señora Ackerman que nos gritó: ─¡Corre por hoy negro de mierda, bajaste acá y también te quemarás! ¡Lo juro por Belfegor que te maldigo y también te quemaras! ─. Después Matías le prendió fuego al resto de objetos en la mansión y nos escapamos.

A la mañana siguiente a nadie le importó lo que pasó en aquella mansión. Nadie preguntó nada, ni le interesó, pues, los Ackerman no eran queridos por nadie. Los habitantes de las mansiones más pequeñas abandonaron sus terrenos unos días después del incendio y desde entonces formé con tu abuelo la familia Campos Olivera; teniéndote a ti, como el último de nosotros.

*

Días después de haberme contado esta historia que ahora te encuentras escuchando; la abuela falleció. Al funeral no asistió nadie, solo yo. Debo mencionar que, a pesar de ser una historia sacada de los cabellos, me sorprende que tuviese tanta imaginación. Sin embargo, no puedo evitar carcomerme los sesos con aquellos disparates de una mente tan casada de años funestos,

sumergida en la incredulidad de ver a todos sus hijos morir. Quizá, la inusitada desgracia de nuestra familia la llevó a inventarse aquella historia para darle alguna explicación a su infortunio, no lo sé. Desde que murió he pensado sobre esto tantas noches que casi no puedo dormir. Nunca he experimentado nada paranormal, mucho menos he sentido la presencia de algo invisible a mi lado; ni siquiera he visto esas sombras tan comunes y fugaces que dice la gente ver por el rabillo de sus ojos. Pero… podrán sonar a disparates de anciano, pero es un hecho que la desgracia ha caído sobre esta familia. Y me aterra la estatuilla de un fauno que encontré esta mañana adentro de su guardarropa.

FIN